

LA DECISIÓN



Eduardo Acevedo

Marcos se decidió finalmente a marcar y respirando hondo se acercó el teléfono al oído. La voz de su amada no se hizo esperar al otro lado de la línea.

-¿Se puede saber dónde estabas? Te llevo llamando toda la mañana.

-Acabo de llegar.

-¿Vienes a por mí o cojo mi coche? He mirado el horario y están hasta las dos y media, si nos damos prisa...

-No vamos a ir.

-¿Cómo dices? ¿No piensas contratar el banquete ahí?

-No habrá banquete.

-¿Se puede saber qué te pasa? Déjate ya de misterios y dime de una vez qué pasa.

-Lo siento Laura, no habrá boda, te dejo, no te quiero, –Marcos tuvo que hacer un esfuerzo para no atragantarse, sus últimas palabras apenas fueron un susurro- hasta siempre.

La habitación se le hizo más pequeña, pareció estrecharse de tal modo que se diría que lo estaban echando de allí, como si los muros tuvieran vida propia, le costaba trabajo respirar. Desconectó el teléfono de la pared, ya no usaría hoy, tal vez nunca. Miró el trozo de papel que había dejado sobre la mesa, las letras estaban borrosas debido a las lágrimas que llenaban sus ojos, pero no necesitaba leerlo, sabía de memoria el contenido, sobre todo la frase fatídica: “Alta probabilidad a corto o medio plazo de...”

Apretó los puños y golpeó con rabia la mesa del salón, haciendo un esfuerzo titánico logró controlar el llanto, pero no la rabia. Abandonó la habitación con las llaves de su coche en la mano, era todo lo que necesitaba.

Laura no podía pensar, estaba aún como si la hubieran trasladado a otro planeta donde la razón no formaba parte de las virtudes de sus habitantes. Marcos era su novio desde hacía más de tres años, habían vivido juntos toda clase de experiencias y aventuras, pero sobre todo se amaban con locura, o eso pensaba ella hasta esa extraña llamada de hacía tan solo –miró el reloj de su muñeca- dieciséis minutos. Volvió pulsar “rellamada” con el mismo resultado: señal intermitente de desconexión. No podía quedarse allí pensando y martirizándose, no podía, de ninguna manera. Cogió las llaves del coche y salió disparada, haría los trescientos kilómetros que la separaban de la ciudad donde residía Marcos desde su traslado y, si fuera necesario, haría mil para esclarecer aquella llamada irracional.

Ya en la carretera se concentró en seguir la cinta intermitente del centro, dejándola un poco a su izquierda y manteniendo una velocidad baja y constante, era la mejor manera de desplazarse en aquella noche oscura y pasada por agua. Además podía pensar, y desde luego lo necesitaba.

“¿Estaría enfermo? ¿Le habrían despedido? No era posible ninguna de esas dos circunstancias, la primera porque hacía poco tiempo que se había sometido a toda clase de pruebas exigidas en su trabajo, la segunda era aún más improbable dado el carácter de funcionario con oposición aprobada que su empleo tenía. ¿Qué otra cosa...? Oh, no. Hijo de p... este tiempo que ha estado viviendo solo en otra ciudad, solo los fines de semana para mí, y claro esta: ¡Otra para el resto de la semana!

Joven, atractivo, soltero y con la novia a buena distancia, la muy imbécil preparando la boda, y mientras tanto él, de despedida de soltero prolongada, ¡qué bien! Y ahí surge la arpía, que una vez ha satisfecho al macho, no le piensa dejar escapar, un funcionario joven y atractivo, de ninguna manera.

Marcos, tras hora y media al volante, circulaba ya sin apenas visibilidad, pero no redujo la velocidad, allí no había peligro porque era recto y llano, las curvas estaban más adelante, donde comenzaba el ascenso al puerto, ahí pisaría a fondo, y una vez arriba pondría fin al dolor. Trató de imaginar por un momento cómo podría ser su vida si decidía dar marcha atrás a su decisión y hacer frente a lo que le esperaba, ¡Imposible! Ni tan siquiera lo contempló más de diez segundos. No.

Pablo acababa de coronar la cima del puerto y se disponía a comenzar el descenso, iba tarareando el tema que se estaba reproduciendo en el espléndido aparato de sonido de su no menos estupendo camión nuevo. Le costaría pagar sus buenos intereses y una elevada cuota durante unos interminables diez años, casi ya a las puertas del nuevo milenio, pero era su negocio y necesitaba invertir para que le dieran portes interesantes, de lo contrario sería tragado por la competencia. Marta le había animado, si no fuera por ella tal vez no estaría metido en aquello, seguramente estaría trabajando por cuenta ajena, lo que significaba hacer él las interminables horas al volante mientras otro se llevaba el grueso de la factura.

Aún eran jóvenes, en eso su mujer tenía razón, esperaban su primer hijo, todo iría bien, saldrían adelante. Sonrió al recordar la última discusión “Pablo. -No, nada de eso, está pasado de moda poner a los hijos el nombre de pila de su padre, se llamará Adrián” “¿Pero qué nombre es ese, quién se llama así en la familia? Además a mí no me gusta. Te propongo que busquemos después la parejita y a la niña la llamemos Marta...” “Sal de aquí antes de que me enfade de verdad”

Soltó la carcajada allí, solo en la cabina de su camión, al recordar a su mujer enarbolando el secador de pelo con una mano como si fuera un arma, y con la otra sujetándose la toalla que se abría y la dejaba sus partes al aire, cosa que él aprovechaba para intentar meterle mano “Ay, ay, uy, uy”. Reía con ganas cuando de pronto vio algo que le pareció una visión, algo que no debía tomar como real, pero su reacción siguió la orden de sus ojos y pisó el freno.

Cuando el camión comenzó a resbalar haciendo la tijera, Pablo observó estupefacto cómo otro niño, este un poco más grande, cruzaba la carretera, antes de volcar pudo ver por el rabillo del ojo un coche colgando del quitamiedos, justo al borde del precipicio. Después de eso se deslizó con el morro ya tumbado y hacia el lado contrario al de su marcha, calculó que no caería al precipicio a menos que la carga tirara de la cabina, pero aquello era improbable puesto que la unión de la cabeza tractora con el remolque no resistiría, de hecho debía haberse soltado ya.

Jorge y Mario quedaron embelesados observando deslizarse el enorme camión tumbado, parecía que no fuera a detenerse nunca. El ruido que hacía la carretera al ser rasgada era ensordecedor, finalmente se detuvo y los dos niños volvieron a la realidad, la más terrible que hubieran podido soñar. La abuela había caído al barranco por la puerta que aún estaba abierta, el abuelo estaba atado, al igual que su madre, con el cinturón, y parecían aplastados por algo que no les permitía soltarse. Adrián no paraba de llorar, estaba medio fuera de su asiento especial para bebés. A sus once años, Jorge comprendió que debía ponerse al frente y salir de aquella situación lo antes posible, pero ¿cómo? Al otro lado, donde habían cruzado para pedir ayuda, estaba todo cerrado, los tres edificios que apenas se veían debido a la nieve, todo estaba oscuro y sin señales de vida. Mario, que acababa de cumplir seis años, no podía dejar de llorar y se empeñaba en desobedecer a su madre que les había ordenado que no volvieran a subir al coche, ¡Ni se os ocurra! había gritado. Jorge se acercó con cuidado y se apoyó en el quitamiedos hasta que pudo ver a su abuelo un poco más de cerca, no podía estirarse más y las manos le dolían en aquella chapa tan afilada “¡Abuelo!” llamó, nada, no hubo respuesta, pero el hombre parecía moverse, o mejor dicho agitarse, lo que significaba que estaba vivo.

-¡Mamá! -ésta sí contestó.

-Estoy bien hijo, pero no puedo moverme, tengo las piernas atrapadas, escucha: Mira bien y dime como está sujeto el coche en el quitamiedos.

Jorge se apartó de la estructura metálica y se agachó junto a la puerta abierta por la que habían salido él y su hermano. La cosa no pintaba bien, pensó. ¿Le decía la verdad a su madre?

A pocos metros de allí, pero casi invisible para los niños debido al temporal en la noche cerrada, Pablo comenzaba a valorar su situación moviéndose lentamente dentro de la cabina volcada. Puso sus brazos tensos en su propio asiento para trepar hacia arriba, al soltarse el cinturón había caído hasta la ventanilla del copiloto con un golpe que le había dejado dormido el hombro izquierdo, puede que solo estuviera dislocado, pero al forzarlo para alzarse le asaltó una punzada de dolor intenso, tanto que se dejó caer de nuevo. En el vuelco debía haberse desconectado o roto algún cable principal porque no funcionaba nada, menos aún la emisora, que estaba colgando allí delante de sus narices de cualquier manera, ni una sola lucecita en ninguna parte, nada. Observó bien el exterior por el cristal rajado y creyó divisar la mediana a su izquierda, aquello significaba que, si estaba mirando en sentido contrario, había pasado al otro lado de la carretera, el que tenía un poco más arriba un coche colgando de su quitamiedos. Los chillidos de los cerdos atrapados en el remolque llegaban hasta sus oídos amortiguados pero inconfundibles. “Pobres bichos” –pensó. Si no les ayudaban pronto morirían congelados allí arriba, el temporal de nieve estaba arreciando por momentos y él mismo comenzaba ya a tiritar. El agujero en el parabrisas parecía crecer conforme se iban rajando las láminas de cristal y otros materiales, la nieve comenzaba penetrar decorando el salpicadero, si su situación no fuera tan desesperada diría que aquellos copos esparcidos por el interior de su camión nuevo eran un bello espectáculo. Alzó sus piernas y pateó la luna con fuerza, no cedió ni un ápice, no se rompería para dejarle salir, el agujero estaba justo en una esquina, era inútil, no era esa su salida. Se dispuso a realizar un nuevo intento para trepar, esta vez resistiría el dolor, tenía que hacerlo, debía ayudar a la gente del coche, de momento había visto dos niños cruzando la carretera, probablemente buscaban ayuda en el lado del bar y el albergue, debían desconocer que aquellos negocios habían cerrado, y hacía tiempo que se habían trasladado unos siete kilómetros más abajo. De pronto cayó en la cuenta “Si los niños pedían ayuda ¿dónde estaban los adultos? ¡Dios! Tenía que salir de allí y correr a ayudar” Estiró los brazos de nuevo y se enganchó al apoyabrazos de su asiento, esta vez aguantó el dolor mientras su cuerpo se elevaba hacia la salida.

Marcos circulaba ahora a ciento treinta kilómetros por hora, las curvas comenzaban a ser más cerradas conforme ascendía hacia la cima. La nevada se había intensificado, la visibilidad apenas alcanzaba los cincuenta metros, si no conociera bien aquella carretera haría ya rato que su misión habría concluido. Su objetivo era llevarlo a cabo más arriba, tal vez justo en la cima donde sabía que la altura era descomunal, y en el trozo de medio kilómetro que carecía de coníferas. De este modo no existía la posibilidad de salir con vida debido a un frenazo en su caída por parte de las copas de aquellos largos mástiles repletos de ramas.

Su decisión no tenía marcha atrás y no podía arriesgarse a salir con vida, si eso sucedía era probable que no volviera a intentarlo, y se le hacía intolerable, insoportable, y hasta inadmisibles, seguir viviendo. Aceleró un poco más.

Mario, que en todo procuraba imitar a su hermano mayor, se agachó para mirar bajo el coche. Salió como un resorte gritando de pronto:

-¡Mamá, mamá! Hay un palo de hierro clavado en el suelo del coche, no tengas miedo, no te puedes caer. ¿Puedo subir?

Jorge estuvo a punto de propinarle un bofetón, el enano había descubierto lo que él no quería decir a su madre, y encima no lo había interpretado bien. El poste del quitamiedos estaba medio arrancado del suelo y no aguantaría mucho, si movían el coche lo más mínimo cedería. Volvió a fijarse bien, en efecto se veía una especie de piedra de hormigón que rodeaba el metal y que estaba fuera ya de su hoyo. Pero había algo que le preocupaba más, miró el poste clavado al coche y luego el siguiente que sucedía en el quitamiedos, la longitud debía ser la misma, elevó la cabeza hasta divisar el asiento y calculó, había un buen trozo incrustado en el coche ¡Y su madre estaba justo encima!

-Está bien sujeto mamá, no te preocupes, enseguida pasará alguien y nos ayudará.

Natividad asintió, tragó saliva con mucho esfuerzo, algo pasaba ahí abajo, algo muy raro, apenas tenía dolor, pero algo pasaba. Abrió los ojos para ver a su padre, aún respiraba, al menos eso parecía. Movié la cabeza hacia la puerta donde estaban sus hijos y logró dar la orden que tenía en la mente.

-No se os ocurra subir al coche. Jorge, tú eres el mayor, no dejes que Mario lo intente, prométemelo.

-No te preocupes mamá.

Asintió de nuevo parando la mirada en el bebé, dormía ahora, debía haberse agotado de tanto llorar y ahora dormía plácidamente, observó si estaba todo en orden en la sillita. Lo estaba. Pero ella no, era como si cada uno de sus movimientos lo hiciera otra persona. Algo pasaba, algo muy raro, se sentía muy extraña. Recordó algunos pasajes de programas de televisión que a veces le gustaba ver, eran todos de misterio y trataban de desentrañar sucesos inexplicables. Apariciones de seres fallecidos, otros que contaban sus experiencias al otro lado, increíblemente se sentía ahora identificada con algunas descripciones que recordaba. Negó con la cabeza de forma instintiva, no, solo era su imaginación, se sentía muy débil, había recibido un fuerte golpe, eso era todo, sus piernas prisioneras la estaban jugando una mala pasada, eso era todo. De pronto, sin saber por qué, recordó al padre de sus hijos, el muy cobarde se había marchado con otra, dejándola con los tres y apenas les hacía caso.

La pensión la pagaba, sí, pero juntaba varios meses, parecía querer hacerla daño, puesto que todo el mundo sabe que las facturas de suministros son mensuales. Si no fuera por sus padres. ¡Oh, Dios!

Nati soltó un grito contenido al recordar de pronto los chillidos de su madre al caer al vacío.

En la última curva Marcos había tenido que enderezar su Ford Scorpio para no salir disparado al abismo, aún no era el momento, y por ello hizo gala de su pericia al volante para volver a encauzarlo en la carretera, al menos en el plano que en la oscuridad parecía pertenecer a la misma. Estaba llegando a la cumbre, apenas dos kilómetros y dos curvas y sería libre, pisó más a fondo, los ciento cincuenta caballos tiraron del sedán hacia la recta final en la cima. Justo allí tenía previsto fijar el volante, bien apretado en sus manos para que continuara recto al pasar el pico, sin girar en el inicio del descenso, la única salida sería el oscuro abismo, en unos segundos todo habría terminado.

Jorge vio los faros a lo lejos, según sus cálculos no estaban todavía muy cerca, pero desde allí arriba se veían muy bien subiendo por la sinuosa carretera, no tardaría en llegar hasta ellos, si venían hacia arriba quería decir que estaba en su mismo carril, solo tenía que avisarle para que parase y les ayudara. “¿Y si no los veía?” -Pensó. Tenía que llamar la atención de alguna manera. Se fijó en el maletero abierto y corrió hacia él. “Eso es” -se dijo. Extrajo la enorme caja de herramientas de su abuelo con un considerable esfuerzo, aquello parecía pesar una tonelada. La abrió y comenzó a sacar llaves, martillos, tenazas, se cansó y volvió a levantar la caja, fue hasta el centro de la calzada y la volcó dejando que cayera todo su contenido, seguidamente se puso a dispersar a patadas todas las piezas metálicas. Mario miraba intrigado las acciones de su hermano sin hallar explicación a su comportamiento. Finalmente decidió imitarle y tomando las llaves que habían quedado junto al maletero se puso a esparcirlas por el asfalto medio cubierto de nieve. Jorge pareció quedar satisfecho, pero de pronto quedó preocupado al comprender que no eran objetos tan abultados como para detener un vehículo que pasara por allí a gran velocidad, seguramente ni se enteraría, tampoco los vería y continuaría su camino dejándolos allí. Si eso sucedía morirían de frío aquella noche. Rápidamente fue a por la caja que había quedado fuera de la calzada y la puso en pleno centro, tumbada de lado y con una de las tapas abierta para que al atropellarla saltara y el conductor se enterara.